

DC201  
75  
1846  
V-5

CONSULADO Y DEL IMPERIO

CONSULADO

DE LA REPUBLICA FRANCESA

CON M. A. WYBAC



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



## LIBRO DIEZ Y OCHO.



### Conspiracion de Jorge.

Recelos de la Inglaterra á la vista de los preparativos que se hacen en Boloña.—Lo que la guerra es ordinariamente para esta nacion.—Opinion que se forma al principio en Lóndres sobre los proyectos del primer consul, y terror que estos llegan á producir.—Medios imaginados para resistir á los franceses.—Discusion de estos medios en el parlamento.—Mr. Pitt vuelve á tomar asiento en la cámara de los comunes.—Su actitud y la de sus amigos.—Fuerza militar de los ingleses.—Mr. Windham pide la formacion de un ejército disciplinado á imitacion del ejército francés.—Limitanse á la creacion de un ejército de reserva y á un alistamiento de voluntarios.—Precauciones tomadas para guardar el litoral.—El gabinete británico apela á los medios usados antiguamente por Mr. Pitt y protege las tramas de los emigrados.—Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses, Drake, Smith y Taylor.—Los principes refugiados en Lóndres se reunen á Jorge y Pichegrú, y entran en una conjuracion que tiene por objeto acometer al primer consul con una cuadrilla de chuanes en el camino de la Malmaison.—A fin de asegurarse la adhesion del ejército, en el caso de una victoria, se dirige al general Moreau, gefe de los descontentos.—Intrigas del llamado Lajolais.—Locas esperanzas concebidas á consecuencia de algunas palabras pronunciadas por el general Moreau.—Primera partida de una cuadrilla de chuanes conducidos por Jorge.—Desembarcan en la costa de Biville, y atraviesan la Normandia.—Jorge oculto en Paris prepara los medios de ejecucion.—Segundo desembarco compuesto de Pichegrú y muchos emigrados de alto rango.—Pichegrú se avista con Moreau.—Hállale irritado contra el primer consul, pero no dispuesto á trabajar en favor de la vuelta de los Borbones.—Desaliento de los conjurados.—



Pérdida de tiempo que este desaliento produce.—El primer consul, á quien la policia servia mal desde la retirada de Mr. Fouché, descubre el peligro que le amenaza.—Entrega á una comision militar algunos chuanes recientemente arrestados, para obligarlos á que le digan lo que saben.—Entra uno que le revela todo el complot.—Sorpresa al saber que Jorge y Pichegrú están en París y que Moreau es su cómplice.—Consejo extraordinario y resolucion de arrestar á Moreau.—Disposiciones del primer consul.—Muéstrase indulgente contra los republicanos, y furioso contra los realistas.—Su resolucion de castigar á estos de una manera egemplar.—Encarga al gran juez que conduzca á su presencia á Moreau para terminarlo todo con una esplicacion personal y amistosa.—La actitud de Moreau delante del gran juez hace abortar esta buena resolucion.—Los conjurados presos declaran todos que un principe francés debia ponerse á su cabeza, y que tenia el proyecto de entrar en Francia por la costa de Biville.—Resuelve el primer consul apoderarse de él y entregarlo á una comision militar.—El coronel Savary pasa á la costa de Biville para esperar al principe y arrestarlo.—Ley terrible que castiga con la muerte á cualquiera que dé asilo á los conjurados.—Ciérranse las puertas de París por espacio de muchos dias.—Arresto sucesivo de Pichegrú, Polignac, Riviere y del mismo Jorge.—Declara Jorge haber venido á París para atacar al primer consul á viva fuerza.—Confírmase la noticia de que un principe debia ponerse á la cabeza de los conjurados.—Toma incremento la cólera del primer consul.—El coronel Savary espera inutilmente en la costa de Biville.—Se procura indagar donde se hallan los principes de la casa de Borbon.—Se piensa en el duque de Enghien, que se hallaba en Ettenheim á orillas del Rhin.—Se envia un oficial de gendarmes para que tome informes.—Parte equivocado de este oficial, y fatal coincidencia de su informe con una nueva declaracion de un criado de Jorge.—Error y ciega cólera del primer consul.—Consejo extraordinario en que se acuerda apoderarse á todo trance de la persona del principe.—Su raptó y su traslacion á París.—Descúbrese parte del error pero demasiado tarde.—El principe enviado ante una comision militar, es fusilado en un foso del castillo de Vincennes.—Caracter de este funesto acontecimiento.

La Inglaterra comenzaba á comoverse al aspecto de los preparativos que se hacian en frente de sus costas, preparativos á que en un principio habia dado poca importancia.

Para un pais insular, que no toma parte en las grandes luchas de las naciones sino con buques ordinariamente victoriosos, y á lo sumo con

ejércitos que hacen el papel de auxiliares, la guerra es un estado poco alarmante que no altera el reposo público ni perjudica siquiera al movimiento diario de los negocios, y una prueba palpable de esta verdad es la estabilidad que tiene el crédito en Lóndres, aun en medio de las mayores efusiones de sangre humana. Si á estas consideraciones agregamos que el ejército se recluta de mercenarios, que la escuadra se compone de gentes de mar á quienes importa muy poco vivir á bordo de los buques del estado ó de los mercantes, á quienes por el contrario las presas ofrecen un grande atractivo, se concebirá mucho mejor que para semejante pais la guerra es una carga que se resuelve simplemente por medio de impuestos, una especie de especulacion, en la que se comprometen millones para obtener las mayores ventajas comerciales. Solo para las clases aristocráticas que mandan estas escuadras y estos ejércitos, que derraman su sangre mandándolos, que aspiran en fin á estender la gloria de su pais tanto como á conquistar nuevas salidas de sus productos, la guerra recobra su gravedad y sus peligros, si bien nunca el mas temible de todos, porque al parecer no existe el de una invasion.

Tal era la clase de guerra que Windham y Grenville, y el débil ministerio que arrastraban en pos, creian haber atraido sobre su patria. Habian oido hablar en tiempo del Directorio de barcos chatos, pero tan frecuentemente y con tan poco efecto, que acababan por no creer una palabra de lo que oian. Sir Sidney Smith, mas esperimentado sobre este particular que sus compa-



triotas, pues habia visto sucesivamente á los franceses, á los turcos y á los ingleses, desembarcar en Egipto, unas veces á pesar de cruceros temibles, y otras á pesar de vigorosos soldados apostados sobre la costa, Sir Sidney Smith, habia dicho en la tribuna del parlamento, que indudablemente se podian reunir sesenta ú ochenta lanchas cañoneras en la Mancha, y aun ciento si se queria exajerar el número, y que veinte y cinco ó treinta mil hombres eran el límite extremo de las fuerzas que era posible trasportar á Inglaterra. Segun este oficial el peligro mas grave que se podia preveer despues de aquel, era que bajase á Irlanda un ejército francés de doble ó triple fuerza del que habia desembarcado en otro tiempo en aquella isla, ejército que despues de haber agitado y assolado mas ó menos el pais, acabaria como el precedente por sucumbir y deponer las armas. Quedaban ademas las enemistades que continuaban agitando sordamente á Europa contra la Francia, enemistades que reanimadas muy en breve llamarian hácia el continente las fuerzas del primer consul. Habia, pues, que temer á lo sumo la guerra de los primeros tiempos de la revolucion, señalada de nuevo por algunas victorias del general Bonaparte sobre el Austria, pero con todas las probabilidades ordinarias de trastorno en un pais movable como la Francia, que en el espacio de quince años no habia soportado tres años seguidos á un mismo gobierno, y con la ventaja permanente para la Inglaterra de nuevas conquistas maritimas. Merced á multitud de desgracias y faltas, se han realizado estas previsiones; pero vamos á ver como durante muchos años, peligros

infinitamente graves amenazaron la misma existencia de la Gran Bretaña.

La confianza de los ingleses se desvaneció pronto al saber los preparativos que se hacian en la costa de Boloña. Oyeron hablar de mil doscientos barcos chatos (ignoraban que pasarian de dos mil); quedaron sorprendidos, si bien se tranquilizaron luego dudando de su reunion, y sobre todo la posibilidad de abrigarlos en los puertos de la Mancha; pero la concentracion de estos barcos chatos en el estrecho de Calais, ejecutada á pesar de los numerosos cruceros ingleses, su firmeza en el mar, su resistencia al fuego, la construccion de vastos fondeaderos para recibirlos, el establecimiento de baterias formidables para protegerlos, y la reunion de ciento cincuenta mil hombres dispuestos á embarcarse, destruian una á una las ilusiones de una seguridad presuntuosa, pues harto bien se veia que tales preparativos no podian ser una ficcion, y que se habia provocado con demasiada ligereza al mas audaz y hábil de los hombres. Verdad es que habia viejos ingleses que confiaban en la inviolabilidad de su isla y no creian en el peligro con que se les amenazaba, pero el gobierno y los gefes de partido no pensaban que en la duda se pudiera abandonar á los azares de la suerte la seguridad del suelo británico. Veinte, treinta mil franceses, por valientes y bien mandados que fuesen, no los hubieran asustado; pero ciento cincuenta mil hombres que llevaban á su cabeza al general Bonaparte, causaban un verdadero terror en todas las clases de la nacion; y no se crea que era falta de valor porque el pueblo mas bravo del mundo hubiera po-



dido alarmarse en presencia de un ejército que habia acometido tan grandes empresas, y que estaba dispuesto á acometer otras mayores.

Una circunstancia agravaba aquella situacion, y era la inmovilidad de las potencias continentales. El Austria no queria por ciento ó dos cientos millones atraer sobre sí los golpes destinados á la Inglaterra. La Prusia estaba en comunidad no de simpatías sino de intereses con Francia. La Rusia censuraba las dos partes beligerantes y se erigia en juez de su conducta, pero no se pronunciaba formalmente por ninguna. Si los franceses no iban al norte mas allá del Hannover, no habia probabilidad, á lo menos por el pronto, de arrastrar el imperio ruso á la guerra; y era evidente que no pensaban darle este motivo de tomar las armas. Los preparativos, pues, debieran ser proporcionados á la estension del peligro. Poco habia que hacer en la parte relativa á la marina para conservar la superioridad sobre Francia, pues la vispera del rompimiento se habian armado sesenta buques de línea y matriculado ochenta mil marineros, y cuando se declaró la guerra ascendió el número de buques á sesenta y cinco y el de los marineros á cien mil. Cien fragatas y cantidad infinita de bricks y de corbetas completaban este armamento. Nelson, á la cabeza de una escuadra escogida, debia ocupar el Mediterráneo, bloquear á Tolon é impedir una nueva tentativa sobre el Egipto. Lord Cornwallis, á la cabeza de otra escuadra debia bloquear á Brest, y sus lugar-tenientes á Rochefort y el Ferrol. En fin, lord Keith, comandante de todas las fuerzas navales de la Mancha y del mar del

Norte, tenia el encargo de guardar las costas de Inglaterra y vigilar las de Francia. Llevaba por lugar-teniente á sir Sidney Smith, y cruzaba con navíos de setenta y cuatro, fragatas, bricks, corbetas y cierto número de lanchas cañoneras, desde la embocadura del Támesis hasta Portsmouth, desde el Escalda hasta el Somme, cubriendo por una parte las playas de Inglaterra y bloqueando por otra los puertos de Francia. Una cadena de buques ligeros, los cuales sostenian correspondencia por medio de señales en toda aquella estension de mar, debia dar la alarma al menor movimiento que observasen en nuestros puertos.

Con semejantes medidas creian los ingleses haber condenado á la inmovilidad nuestras escuadras de Brest, de Rochefort, del Ferrol y de Tolon, y establecido en el estrecho la vigilancia necesaria para tranquilizarlos.

Pero se necesitaba hacer mas en presencia de un peligro de una especie enteramente nueva cual era el de una invasion del suelo británico. Los marinos consultados habian casi todos declarado, sobre todo á la vista de los preparativos del primer consul, era imposible asegurar que no desembarcarian los franceses en la costa de Inglaterra favorecidos por la bruma, por la calma ó por la noche. Sin duda el nuevo Faraon podia ser precipitado en las olas antes de llegar á la playa, pero una vez desembarcado, no con ciento cincuenta mil hombres, sino solamente con ciento y hasta con ochenta, ¿quién le resistiria? Esa nacion orgullosa, que tan poco se habia cuidado de las desgracias del continente, que no habia temi-



do renovar una guerra que estaba acostumbrada á hacer con la sangre de otros y con el oro de que se muestra pródiga, estaba á la sazón reducida á sus propias fuerzas, obligada á armarse y no confiar ya á mercenarios, por otra parte poco numerosos, la defensa de su propio suelo. ¡Ella, tan orgullosa con su marina, sentía entonces no tener tropas de tierra, para oponerlas á los temibles soldados del general Bonaparte! La formación de un ejército era, pues, en aquel momento, el asunto de todas las discusiones de la cámara de los comunes, y como quiera que en medio de los mayores peligros es donde el espíritu de partido se muestra mas pujante, la cuestion de la guerra y la manera de sostenerla eran las que mas pábulo daban á la lucha entre los principales personajes del parlamento.

El débil ministerio Addington habia sobrevivido á sus faltas, y continuó dirigiendo, aunque por poco tiempo, la guerra que tan ligera como criminalmente habia dejado renacer. La mayoría del parlamento le suponía inferior á la carga que habia echado sobre sus hombros pero no queriendo provocar la caída del gabinete, le mantuvo contra sus adversarios, aun contra el mismo Pitt, á pesar que deseaba verlo otra vez á la cabeza de los negocios. Este poderoso gefe de partido habia vuelto al parlamento donde le llamaban su secreta impaciencia, la gravedad de los peligros públicos, y su odio á la Francia; empero mas moderado que sus auxiliares Windham, Grenville y Dundas, le sirvió de gobiernouna votacion reciente para serlo mucho mas. En efecto, habian querido dar un voto de censura al ministerio, y sola-

mente cincuenta y tres se decidieron por la afirmativa. Por una disposicion muy comun en las asambleas politicas, la mayoría hubiera querido sin pasar por un trastorno ministerial, confiar el timon del estado á los hombres mas acreditados y capaces, y Mr. Pitt que esperaba entrar pronto en el gobierno, tomaba parte en todas las discusiones casi como si hubiera sido ministro, pero mas bien para apoyar las medidas del gobierno que para impugnarlas.

La principal de estas medidas era la organizacion de un ejército. La Inglaterra tenia uno, disperso en la India, en América, y en todos los puertos del Mediterráneo, compuesto de irlandeses, escoceses, hannoverianos, suizos y aun malteses, y formado por el sistema de los reclutamientos, tan propagado en Europa antes de establecerse la conscripcion. Este ejército, como hemos visto anteriormente, se habia conducido bien en Egipto, y ascendia á cerca de ciento treinta mil hombres; pero sabido es que para que estos ciento treinta mil hombres puedan dar ochenta mil capaces de servir activamente, es necesaria una buena administracion. A esta fuerza cuya tercera parte por lo menos absorvia la guardia de Irlanda, se juntaba cincuenta mil bombres de milicia, recientemente aumentada hasta setenta mil, tropa nacional que no se podia hacer salir de su provincia, y que jamás habia visto el fuego. Conducianle oficiales retirados, señores ingleses llenos sin duda de patriotismo, pero poco á propósito para la guerra, y demasiado bisonos para resistir á los antiguos bandos que habian vencido la coalicion europea.



¿Cómo proveer á tal insuficiencia? El ministerio, rodeado de los militares mas instruidos, acordó la creacion de un ejército llamado de reserva, cuya fuerza ascendia á cincuenta mil hombres, formado de ingleses sacados por suerte, y el cual no podia ser empleado sino en la estension del Reino-unido. De esta suerte se suplía el ejército de línea y se le daba un refuerzo de cincuenta mil hombres. El reemplazo estaba permitido, pero en atencion á las circunstancias, debía hacerse á un precio muy subido. Esto era poco, y sin embargo era cuanto se podia emprender en aquel momento. Mr. Windham, mostrándose partidario de la guerra, atacó la proposicion como insuficiente, y pidió la creacion de un gran ejército de línea, que compuesto con arreglo á los mismos principios que el ejército francés, es decir, por la conscripcion, estuviese á las órdenes absolutas del gobierno y pudiera llevarse á cualquiera parte, pues, según decia, lo que habia inventado el ministerio no era mas que una estension de las milicias, que sobre valer muy poco para atacar tropas aguerridas, perjudicaria al reclutamiento del ejército por la facultad de reemplazo introducida en la nueva ley, cuyos individuos dispuestos á servir hallarian mas ventaja en hacerse sustitutos en el ejército de reserva, que alistarse en el de línea. Por tanto era de parecer que la única institucion que podia oponerse dignamente á las tropas del general Bonaparte era un ejército regular formado de la poblacion nacional, trasportable á todas partes donde fuese necesario y que por consiguiente tuviese el medio de hacerse aguerrido. Se necesita, dijo Mr. Win-

dham, el diamante para cortar el diamante.

La Inglaterra, que ya tenia una marina, queria tener tambien un ejército de tierra, ambicion muy natural, pues es raro que una nacion cuenta con uno de los dos elementos de grandeza no quiera poseer tambien el otro. Pero Mr. Pitt dió á aquellas proposiciones la respuesta de un espíritu frio y positivo. Todas las ideas de Mr. Windham eran muy buenas, según él; pero ¿cómo crear un ejército en pocos dias? ¿Cómo hacerlo aguerrido? ¿Cómo formar los cuadros y buscar oficiales? Semejante institucion no podia ser obra de un momento. Lo que se acababa de inventar era la única cosa actualmente practicable, y no seria poca la dificultad que habia en organizar los cincuenta mil hombres pedidos, instruirlos y darles oficiales de todas graduaciones. Mr. Pitt invitó pues, á su amigo Mr. Windham á que renunciase á sus ideas á lo menos por entonces, y se adhiriera con él al plan del gobierno.

Mr. Windham no hizo caso de los consejos de Mr. Pitt y persistió en su sistema, apoyándolo en nuevas y mas fuertes consideraciones, pidiendo un alistamiento en masa como el de la Francia en 1792, y reconviniendo al débil ministerio Addington por no haber pensado en este gran recurso de los pueblos amenazados en su independencia. Este enemigo de la Francia y de Napoleón, por un efecto natural del odio que abrigaba en su corazon, fué pródigo en elogios para lo que mas detestaba, exagerando casi nuestra grandeza, nuestro poder y el peligro con que el primer consul amenazaba á la Inglaterra, para reconvenir al ministerio inglés porque no tomaba bastantes precauciones.



El ejército de reserva fué votado á pesar del desprecio del partido Windham, que lo llamaba un aumento de milicias. Contábase con esta combinacion para aumentar el ejército de línea, esperando que los hombres designados por la suerte y condenados á servir preferirian alistarse en este ejército que en cualquiera otro, y que por este medio ingresarian acaso veinte ó treinta mil reclutas mas en sus cuadros.

Creciendo sin embargo por momentos el peligro, y siendo sobre todo, aun menos probable la cooperacion del continente, hubo que recurrir al fin á la proposicion del partido mas exaltado, acabando por adoptar la idea de un alistamiento en masa. El ministerio pidió y obtuvo la facultad de llamar á las armas á todos los ingleses desde diez y siete hasta cincuenta y cinco años, debiendo en primer lugar echar mano de los voluntarios y á falta de estos, de los hombres designados por la ley, formarlos en batallones, instruirlos durante cierto número de horas por semana, y abonarles en fin una paga para indemnizarlos de la pérdida de su tiempo, si bien esta disposicion solo pertenecia á los voluntarios pertenecientes á las clases trabajadoras.

Obligado esta vez Mr. Windham á reconocer que se adoptaban sus ideas, se quejó sin embargo de que se adoptaban demasiado tarde y mal, y criticó muchos pormenores de la medida; pero al fin fué votada esta, y en poco tiempo se vió en las ciudades y condados de Inglaterra á toda la poblacion llamada á las armas hacer el ejercicio todas las mañanas con el uniforme de voluntarios, uniforme que todas las clases adoptaron,

hasta el respetable Mr. Addigton que se presentó con él en el parlamento, á pesar de lo mucho que desdecia de sus costumbres, y sin embargo del ridículo en que incurria con semejante manifestacion. El anciano rey, y su hijo el príncipe de Galles, pasaron en Lóndres revistas á que los príncipes franceses desterrados, cometieron la imperdonable falta de asistir. Presentáronse en Lóndres hasta veinte mil de estos voluntarios, cuya fuerza no era por cierto muy considerable para tan vasta poblacion. Por lo demás, el número era bastante grande en la estension de Inglaterra, para proporcionar una fuerza imponente si hubiera estado organizada; pero no se improvisan soldados, y mucho menos oficiales. Si en Francia se habia dudado del valor de los barcos chatos, en Inglaterra se dudaba mucho mas del valor de aquellos voluntarios, y ya que no de su bizarría por lo menos de sus hábitos guerreros. A estas medidas se agregó el proyecto de fortificaciones de campaña alrededor de Lóndres en los caminos que conducian á aquella capital y sobre los puntos mas amenazados de las costas, situando parte de las fuerzas activas, desde la isla Wight hasta la embocadura del Támesis; y estableciéndose un sistema de señales para dar la alarma por medio de hogueras encendidas á lo largo de las costas, á la primera aparicion de los franceses. Construyéronse además carros de una forma particular para trasladar las tropas en posta á los puntos amenazados. En una palabra, así de este lado del estrecho como del otro, se hicieron esfuerzos de invencion extraordinarios para discurrir medios nuevos de defensa y de ataque, para



vencer los elementos y asociarlos á su causa. Las dos naciones, como atraídas sobre aquella doble playa, daban en ellas en aquel momento un grande espectáculo al mundo; la una, turbada cuando pensaba en su inesperienza de las armas, se habia tranquilizado al considerar aquel Océano que le servia de muralla; la otra tan llena de confianza en su bravura, en sus hábitos guerreros y en el genio de su gefe, media con la vista el brazo de mar que contenia su ardor, se acostumbraba todos los dias á despreciarle, y tenia por cosa segura atravesarlo bien pronto en pos del vencedor de Marengo y de las Pirámides.

Ninguna de las dos suponía otros medios que los que estaban preparados á su vista. Los ingleses que creían exactamente bloqueadas las plazas de Brest y Tolon, no imaginaban que pudiera aparecer una escuadra en el canal de la Mancha. Los franceses egercitándose todos los dias en navegar en sus lanchas cañoneras, no imaginaban que existía otra manera de salvar el estrecho. Nadie sospechaba la principal combinacion del primer consul. Sin embargo, los unos temían y los otros esperaban alguna repentina invencion de su genio: tal era la causa de la turbacion que reinaba en un lado de la Mancha, y de la confianza que reinaba en el otro.

Preciso es decir, que los medios preparados para resistirnos eran poca cosa, si se salvaba el estrecho, pues admitiendo que se llegaran á reunir entre Lóndres y la Mancha cincuenta mil hombres del ejército de línea, y treinta ó cuarenta mil del ejército de reserva, y que se agregase á estas tropas regulares la mayor masa posible

de voluntarios, no llegarían siquiera á la fuerza numérica del ejército francés destinado á pasar el estrecho? Y que hubieran podido todos juntos, aun en número dos ó tres veces superior, contra los ciento cincuenta mil hombres, que en diez y ocho meses, bajo el mando de Napoleon, batieron en Austerlitz en Jena y en Friedland, á todos los ejércitos europeos, tan bravos, al parecer, pero de seguro mas aguerridos, y cuatro ó cinco veces mas considerables que las fuerzas británicas? Los preparativos de los ingleses eran, pues, en realidad de muy poca monta, y el Océano era siempre su defensa mas segura. En todo caso, cualquiera que fuese el resultado definitivo, era ya un cruel castigo de la conducta del gobierno británico, aquella agitacion que reinaba en todas las clases, arrancados los artesanos de sus talleres, los comerciantes de sus negocios y los señores ingleses de su opulencia: semejante agitacion, prolongada por un momento mas, hubiera llegado á ser una inmensa desgracia, y acaso un grave peligro para el orden público.

El gobierno británico en su ansiedad tuvo que recurrir á todos los medios, aun á aquellos que menos aconsejaba la moral, para conjurar el golpe que le amagaba. Durante la primera guerra, habia fomentado insurrecciones contra todas las formas de gobierno que se habian sucedido en Francia. Despues aunque estas insurrecciones fuesen poco presumibles bajo la fuerte administracion del primer consul, habia conservado en Lóndres á espensas del erario aun durante la paz, todos los estados mayores de la Vendée y de la emigracion. Esta obstinacion en conservar bajo



su mano los culpables instrumentos de una guerra generosa, habia contribuido mucho, como se ha visto, á malquistar de nuevo á los dos paises. Las diversiones son sin duda uno de los recursos ordinarios de la guerra, y la insurreccion de las provincias es una de las diversiones que se consideran como mas útil y que con menos escrúpulo se emplean. Si los ingleses hubieran intentado sublevar á la Vendée, el primer consul hubiera podido pagarles intentando insurreccionar la Irlanda. El medio era reciproco y muy usado; pero en aquel momento estaba fuera de toda probabilidad una insurreccion en la Vendée. El empleo de los chuanes y de su gefe Jorge Cadoudal, no podia tener mas que un efecto, el de intentar algun golpe abominable, como la máquina infernal ú otro semejante. Llevar el medio de la insurreccion hasta derribar un gobierno, es recurrir á prácticas de una legitimidad muy controvertible; pero intentar derribarlo por medio del ataque de las personas que gobiernan, es traspasar todos los limites del derecho de gentes admitido entre las naciones.

Por lo demás, puede juzgarse por los hechos mismos del grado de complicidad de los ministros británicos en los proyectos criminales, meditados de nuevo por los emigrados franceses refugiados en Lóndres. Nuestros lectores se acordarán de aquel temible gefe de los chuanes de Morbihan, Jorge Cadoudal, que solo entre los vendeanos presentados al primer consul, habia resistido á su ascendiente, retirándose primero á Bretaña y despues á Inglaterra. Vivía en Lóndres en el seno de una verdadera opulencia, distribuyendo á los emigrados

franceses las sumas que les concedia el gobierno británico, y pasando su tiempo en la sociedad de los príncipes emigrados, particularmente los dos mas activos el conde de Artois y el duque de Berry. Que estos príncipes quisieran volver á Francia, nada mas natural. Que quisieran volver por medio de una guerra civil, nada mas comun, ya que no legitimo: pero desgraciadamente para su honor, no podían contar ya con una guerra civil sino solamente con las conspiraciones.

La paz habia desesperado á los desterrados así á los príncipes como á todos los demás; la guerra les volvía á sus esperanzas, no solamente porque les aseguraba el concurso de parte de la Europa, sino porque debia, segun ellos, arruinar la popularidad del primer consul. Sostenian correspondencia con la Vendée por medio de Jorge, y con París por medio de los emigrados que habian vuelto. Lo que soñaba la Inglaterra, sus partidarios lo soñaban en Francia, y las menores circunstancias que venian á conformarse con aquellas ilusiones, cambiaban en seguida á sus ojos aquellas ilusiones en realidad, diciéndose unos á otros en aquellas deplorables correspondencias, que la guerra iba á dar un golpe funesto al primer consul; que su poder, ilegítimo para los franceses que habian permanecido fieles á la sangre de los Borbones, y tiránico para los franceses que habian permanecido fieles á la revolucion, no tenia para hacerse soportar mas que dos títulos, el restablecimiento de la paz y el del órden; que uno de estos títulos desaparecia completamente desde el rompimiento con Inglaterra, que el otro estaba muy comprometido porque era dudoso que pudiera mantener-



se el orden en medio de las ansiedades de la guerra. El gobierno del primer consul iba, pues, á perder su popularidad como todos los gobiernos que le habian precedido. Los hombres sensatos y tranquilos no podian perdonarle que volviera á romper las hostilidades con Europa, y debian desconfiar de su estrella, desde que las dificultades no se allanaban ya con su presencia. Habia además enemigos de diferentes especies, de que se podia echar mano con mucha utilidad, contándose en primer lugar los revolucionarios y despues los hombres envidiosos de su gloria de que abundaba el ejército. Decíase que los jacobinos estaban exasperados y los generales muy poco satisfechos de haber contribuido á hacer de un igual un gefe. Era, pues, preciso crear un solo partido de todos estos descontentos para derribar al primer consul. Todo lo que se mandaba desde Francia y todo lo que se contestaba desde Lóndres iba siempre encaminado hácia este plan: reunir á los realistas, á los jacobinos y á los descontentos del ejército en un solo partido para abrumar al usurpador Bonaparte.

Tales eran las ideas con que se alimentaban en Lóndres los principes franceses, y con las cuales entretenian estos al gabinete británico, pidiéndole fondos que él prodigaba, sabiendo de una manera casi positiva, el destino que pensaba dársele.

Como consecuencia de este plan, se urdió una vasta conspiracion que fué conducida con la impaciencia natural de los emigrados, y para la cual se quiso contar con Luis XVIII, retirado á la sazón en Varsovia; pero este principe, que nunca

habia estado de acuerdo con su hermano, el conde de Artois, cuya estéril é imprudente actividad desaprobaba, rechazó semejante proposicion ¡Singular contraste el que estos dos principes ofrecian! El conde de Artois ostentaba una bondad sin prudencia y Luis XVIII una prudencia sin bondad. El conde de Artois entraba en proyectos indignos de su corazon, y Luis XVIII los rechazaba porque eran indignos de su talento. Luis XVIII resolvió desde entonces permanecer extraño á todos los manejos á que la guerra iba á dar otra vez funesta ocasion. El conde de Artois colocado á una gran distancia de su hermano mayor, escitado por su ardor natural, por el de los emigrados, y lo que es mas deplorable, por el de los mismos ingleses, tomó parte en todos los proyectos que las circunstancias despertaron en aquellos cerebros turbados por una continua exaltacion. Los emigrados franceses sostenian comunicaciones con el gabinete inglés por medio del subsecretario de estado, Mr. Hammon, á quien se habia visto figurar en muchas negociaciones, y á él se dirigian para todo en Inglaterra; y fuera, á tres agentes de la diplomacia británica: Mr. Taylor, ministro en Hesse; Mr. Spencer Smith, ministro en Stuttgart; y Mr. Drake, ministro en Baviera. Colocados estos tres agentes cerca de nuestras fronteras, intentaban anudar toda especie de intrigas en Francia, y á secundar por su parte las que se tramasen en Lóndres. Estaban en correspondencia con Mr. Hammon, y tenian á su disposicion sumas de dinero considerables. Dificil es creer que esos oscuros manejos de policia, que los gobiernos se permiten algunas veces, como simples medios de